

UNA SIMPLE CUESTIÓN DE GUSTO.

Por Yampo.

El sonido de un disparo es decepcionante.

O, al menos, nada tiene que ver con el que se recrea en las películas de gánsteres. A esa conclusión llegamos todos los que, aquella mañana de miércoles, nos encontrábamos lo suficientemente cerca de la sala del examen como para percibir la detonación.

Un operario, que se encontraba en un baño adyacente reparando un espejo roto, dedujo que era un petardo, lanzado por algún alumno con fobias académicas y filias pirotécnicas. A una chica que pasaba cerca de la puerta, doctoranda de química y usuaria habitual de la biblioteca de la Facultad de Artes, le pareció oír una palmada y cuando, a posteriori, se le informó de la verdadera naturaleza de aquel discretísimo estallido, declaró con bastante sorna que había presenciado mayores estrépitos en su primer año de prácticas en el laboratorio, cuando algún novato burlaba la vigilancia del profesor de turno y mezclaba sustancias azarosamente. Yo, que de imaginación siempre he andado escaso, obedecí a la lógica del contexto en que me encontraba y pensé, iluso, que un libro de grandes dimensiones había caído al suelo.

Las otras cuatro personas que oyeron aquel petardo-palmada-libro eran las que se encontraban en el interior del aula. Ellas, por el contrario, obviaron la “decepción” del ruido que sí tuvimos los que estábamos fuera y se concentraron en la “ilusión” que provoca un arma de fuego en el ánimo de cualquiera que la empuñe o tenga delante: el frío mortecino que empapa la mano que la sujeta, la acidez en la garganta al escrutar su negrísimo diseño o la ratificación de que los agujeros de bala en el cuerpo, con su limpia entrada y su devastadora salida, son, esta vez sí, exactamente iguales a los del cine.

“Ya lo verás”, era la frase que, indefectiblemente, me espetaba Julio cada vez que le preguntaba por el tema de su trabajo final de carrera. “¿Cuándo lo acabarás?”, le devolvía yo a continuación, con una sonrisa en la cara, preparando su siguiente respuesta en un ritual que, con el tiempo, se convirtió en nuestra tradición privada: “cuando lo acabe”. Éramos, en efecto, yo Julio II y él Miguel Ángel, porfiando el uno por vencer la numantina resistencia del otro y poniendo a prueba el otro la tibetana paciencia del uno.

Como, por falta de originalidad, yo no temía en absoluto que mis investigaciones fueran objetivo de espionaje alguno por parte de mis compañeros de curso, no tardé en revelarle todos los entresijos del mismo a mi amigo. Cine. Un obstinado análisis, plano por plano, de un film de cine negro. Eso y, en cuanto defendiera mi proyecto frente al tribunal, a casa, a abrazar a mamá y a trabajar en el negocio de papá: una empresa de papel en la que el día que más cerca estaría del arte y sus misterios sería aquel en el que, con plantilla y pintura, algún sujeto anónimo imprimiera mi nombre y apellidos en el cristal de la puerta del que sería mi despacho durante treinta y cinco años. Demoledoramente fácil. Tan falto de pasión que devenía pintiparado para el estilo de vida con el que yo había estado fantaseando desde que tuve uso de razón: uno alejado de cualquier tipo de tribulación.

Resultaba insólito que Julio, estando su personalidad en las antípodas de la mía, fuera mi mejor amigo en la carrera de Bellas Artes. Puedo evocar el primer día que lo vi: jersey gris de pico, los cuellos de una camisa blanca retorciéndose en su cuello, pelo incipientemente ceniciento alborotado, vaquero azul y botas de piel. Lo recuerdo, mucho más que por su atuendo, por su silencio inicial. Tardo más de tres semanas en demostrar que sus cuerdas vocales funcionaban y, un día, en mitad de una clase, bufó mientras se debatía en torno a la obra de Van Gogh. Alguien alabó la “maestría” del neerlandés y Julio, con una muy calculada indignación y a través de un pequeño discurso que, seguramente, había memorizado a fuerza de repetirlo, rebatió lo dicho mediante un alegato que abogaba por la pasión, la de este pintor y la de todos los pintores que hubieran existido, frente a una habilidad que menospreció para, finalmente, retar a alguno de los presentes a que le desplegara una definición de la expresión “técnica pictórica” que en alguna forma pudiera atemperar los instintos asesinos que se le habían despertado. Como ninguna le satisfizo, y valorando lo encarnado que se estaba tornando su semblante, fue conminado a “...salir al pasillo y reflexionar en torno a las diferencias entre la pintura renacentista florentina y la veneciana...”, como le dijo, textualmente, el catedrático que nos impartía Arte Contemporáneo. “Demasiada pasión”, fue la primera frase que le dirigí cuando me lo encontré, horas más tarde, en la cafetería, sorbiendo un café con total displicencia. Tras rascarse lentamente el moflete izquierdo y enarcando las cejas, replicó: “Demasiadas facultades de Arte”.

Tras lo que yo suponía el golpe de un libro contra el suelo se sucedió una rápida cadena de acontecimientos. Un grito agudo y un sonido metálico precedieron a la abrupta

apertura de las puertas. Julio apareció siendo transportado en volandas, reducido por dos de los miembros del tribunal. Aunque nuestros ojos se cruzaran sé que él me miró sin mirar. El suyo era un rictus de alucinado que demostraba, a todas luces, que había encontrado aquello que llevaba tanto tiempo buscando pero que, por desgracia y para maldición suya, el descubrimiento no le había gustado. Me cuesta olvidar, por encima de todo, esa pesadumbre.

Las puertas, aún batientes, parecieron incitarme a entrar. Me abandoné a su danza y franqué lo que en aquel momento no podía ser otra cosa que un umbral no ya a lo desconocido sino al horror mismo. Bordeando el teatro de butacas me encontré con la zona alta, donde se impartía el magisterio. En extremo brillante, inyectada de vida gracias a un hilo de luz que se proyectaba sobre ella desde una ventana cercana, se deslizaba, por debajo de una mesa, una irregular mancha rojiza. En medio de la misma, como un islote, como un moderno edificio erigido en el mar, se alzaban dos zapatos de tacón negros. Una irregular perforación, rodeada de diminutas salpicaduras granate, decoraba el muro que se encontraba frente a mí. En terrible alarde me coloqué de puntillas, ambos pies en los márgenes del lago viscoso que en el suelo se estaba generando, y apoyé las palmas de las manos encima y debajo del orificio de la pared. Aunque, con el paso y peso de los años, mis gustos artísticos se han transformado un poco, he de decir que en aquel momento, narcotizado por la obscena temeridad de la juventud, con la mente anestesiada por la banda sonora que suponían los gritos de auxilio que hacían eco en los pasillos, solo pude colegir una cosa: para nada entendí la pesadumbre de Julio; aquel era un trabajo más que decente, una elaboración limpiísima y sincera, una obra que me recordaba muchísimo a los *buchi* de Lucio Fontana.

Aunque, claro está, esa era solo mi opinión. Todo es, como dijo algún *connoisseur*, una simple cuestión de gusto.